

JOSÉ LUIS MARTÍN DESCALZO

RAZONES
DESDE LA OTRA ORILLA

CUADERNO DE APUNTES IV

DECIMOSEXTA EDICIÓN

Ediciones Sígueme
Salamanca 2002

Cubierta diseñada por Christian Hugo Martín

© Ediciones Sígueme, S.A., 2002

C/ García Tejado, 23-27 - E-37007 Salamanca / España

ISBN: 84-301-1401-7

Depósito legal: S. ¿???-2002

Maquetación: Isabel Martín Macías y Andrés Vaquero

Impreso en España

Imprime: Gráficas Varona

Polígono El Montalvo, Salamanca, 2002

ÍNDICE

	<i>Presentación</i>	11
1	Peras con canela	13
2	Los que no servimos para nada	18
3	La noche de Adán	21
4	Contra la indecisión	24
5	A corazón abierto	27
6	Decálogo de la serenidad	30
7	Los tres consejos	33
8	La tarta de Viena	36
9	Ochenta años	39
10	Hacer la paz	42
11	Un gran privilegio	45
12	El hombre que cantaba villancicos	48
13	El undécimo mandamiento	51
14	El pecado de la tristeza	54
15	La sangre del pueblo	57
16	Cinco veces más	60
17	El día en que descubrí el silencio	63
18	Los maridos-sartén	66
19	El último milagro del padre Llorente	69
20	La sordera de Dios	72
21	Cuaderno de la sencillez	75
22	Felicidad es comunidad	78
23	Gente feliz	81
24	El hombre que gastaba bien su dinero	84
25	Resucitar con mi pueblo	87
26	Setenta veces siete	90
27	Las causas de la melancolía	93
28	Miedo al hijo	96
29	No somos dioses	99

30	El centinela	102
31	La culminación del aburrimiento	105
32	Regalo de cumpleaños	108
33	Esto de ser hombre	111
34	El chupete	114
35	Los sueños y los estudios	117
36	La espeleología del alma	120
37	Dos jóvenes furiosos	123
38	Me siento un marciano	126
39	¡Eso es un hombre!	129
40	La vela de la caja de cristal	132
41	¡Hombre, claro, si se siembra...!	135
42	Historia de hace cien años	138
43	Los defectos del prójimo	141
44	Una muchacha japonesa	144
45	Un niño ha renacido	147
46	La vida a una carta	152
47	La traición de las aristocracias	155
48	Los semimuertos	158
49	Adónde vamos a parar	161
50	Un día perdido	164
51	Déficit de consuelo	166
52	Los que no piensan nunca	169
53	Decir la verdad	171
54	La verdadera grandeza	173
55	La verdad avinagrada	175
56	Un espíritu pacífico	177
57	Dos maneras de hacer las cosas	179
58	Vivir sin riesgos	181
59	Los ángeles neutrales	183
60	El gran tapiz	185
61	Cura de cielo limpio	187
62	Sangrar o huir	189
63	El detalle	191
64	Los buenos negocios	193
65	Una niña da gracias	195
66	El baúl de los recuerdos	197
67	Un sillón de ruedas	199
68	La enfermedad	201
69	La «mojigata»	205
70	El transistor en el cuerno	207
71	La corrupción secreta	209
72	Los huérfanos	211
73	Las manos	213
74	El tapaagujeros	215

75	El pecado original	217
76	El diagnóstico y el tratamiento	219
77	Batir un récord	221
78	La rata sin esperanza	223
79	La pirámide	225
80	Héroes de nuestro tiempo	227
81	Detrás de la soledad	229
82	Buena presencia	231
83	El corazón líquido	233
84	El nuevo ídolo	235
85	Y el séptimo, descansó	237
86	Jueves Santo: la hora del vértigo	239
87	Cuando dos hombres se dan la mano	243

PRESENTACIÓN

Este último libro de Martín Descalzo no es fruto de una improvisación oportunista. Lo tenía planeado el autor para cerrar –pensaba él– esta colección de sus «Razones», que tan a gusto acogían infinidad de lectores. Él era el primer asombrado, sobre todo al comprobarlo personalmente en las agotadoras sesiones pasadas en las ferias del libro para firmar sus ejemplares. Por la caseta desfilaba una multitud de gentes –no es exageración– que acudían para felicitarle, para pedir consejo, para rogarle que no dejara de escribir. Eran las colas más largas de la feria.

Fatigado hasta la extenuación los últimos años, minado ya por su enfermedad, seguía y seguía al pie del cañón, consciente de que sus palabras y sus dedicatorias personalizadas y jugosas estaban evangelizando a toda aquella gente: mayores, medianos, jóvenes –sí, también jóvenes– que proclamaban con entusiasmo no disimulado las vivencias provocadas por su palabra escrita o hablada a través de la televisión. El gozo que sentía entonces superaba todo cansancio.

Cada vez que le entregábamos ejemplares de las repetidas ediciones de sus libros hacía el mismo comentario: «¿Cómo es posible que unos sencillos artículos tengan tal impacto en la gente?». Pero su humildad asombrada tenía que rendirse ante la evidencia.

Muchas veces se prometió a sí mismo cerrar la serie de sus «Razones», como si sintiese pudor de repetir ideas ya expresadas con anterioridad: pensaba que todo el mundo las conocía. Pero los

centenares de cartas que recibió instándole a seguir publicándolas le obligaban a incumplir el propósito.

«Lanzas un pájaro a volar y, de pronto, te encuentras que él solito hace nido en miles de corazones», decía él cuando, al salir Razones para el amor, hablaba de su tercera y última entrega.

Este pájaro póstumo, que hoy inicia su vuelo, encontrará también nido caliente en muchas almas que lo quisieron y admiraron; más ahora, cuando el pájaro solitario emprendió el vuelo definitivo hacia los brazos de Dios, a quien amó apasionadamente.

El editor

PERAS CON CANELA*

¿Fue aquélla la noche más hermosa de la historia? Fue, al menos, una de las más dramáticas y tiernas que haya conocido el corazón humano. Fray Juan, el «medio fraile» de santa Teresa, acaba de asomarse a la ventana de arco del convento que da al Tajo y vuelve a calcular mentalmente la altura que tiene que descender con el atadizo de tiras de manta que se ha hecho y el salto –metro y medio– que tendrá que dar aún, cuando su apaño se acabe. Sabe que tendrá que saltar con mucho cuidado de quedar bien pegado a la pared, pues, si lo hace un par de varas más allá, rodará por la pendiente rocosa de la cuenca del río. Atrás van a quedar los nueve meses en los que sus ¿hermanos? los calzados le mantuvieron encerrado no en una cárcel, sino en una cueva de seis pies de ancho por diez de largo, y que no tenía más luz que un ventanuco de muy pocos centímetros, abierto allá arriba, lejos de su alcance. Allí ha vivido esos nueve meses; allí ha pasado las heladoras noches toledanas en invierno y el calor sofocante de los últimos días del verano. Ni siquiera ayer, que era el día de la Asunción, le han concedido el placer de poder decir misa. Y esto último es lo que ha precipitado la decisión del fraile: hay que huir de esta prisión, huir como sea.

Por eso está ahora frente a esta ventana en una noche de alta luna. Se asegura de que en uno de los bolsillos de su hábito va su único tesoro: esos papeles en los que, con un lapicero, ha podido copiar unas canciones de amor sagrado que fue componiendo en los días de máxima amargura.

* Ante el IV Centenario de San Juan de la Cruz.

Y es que este fray Juan, en lugar de dejarse llevar por la tristeza o el resentimiento, ha dedicado sus largas horas de soledad a escribir, primero mentalmente, después, por la bondad de un carcelero que le presta papel y lápiz, por escrito, por si la traidora memoria traspapela algún adjetivo. Esos papeles son, él no lo sabe, ni siquiera lo sospecha, la página más hermosa que escribió jamás la poesía castellana, unos «versillos» ante los que –sólo que muchos siglos más tarde– se extasiarán las generaciones. Ahora van allí, arrebujados en el bolsillo del hábito del fraile.

Hábito del que ahora se desprende para bajar mejor, medio desnudo, por la trenza que ha hecho con sus mantas cortadas a tiras. Hábito que volverá después a ponerse, temblándole aún el corazón, después de la peripecia del salto.

Y ahora vendrá el verdadero drama de la noche. ¿Cómo salir de este patio-corral en el que ha caído y que parece no tener escala ni salida? ¿Cómo moverse después en la noche por esta ciudad que desconoce? ¿Acaso podría a esas horas encontrar el convento de sus monjas reformadas? ¿Le abrirían las carmelitas la puerta si llamaba a esas horas?

Tendrá que vagabundear por las calles toledanas esperando que la suerte le ampare. Un grupo de verduleras que dormitan al pie de sus puestos, al verle ojeroso, roto de traje y descalzo, piensan que el fraile viene de una sucia correría nocturna y «le baldonan con palabras soeces», como alguien contará mucho más tarde, cuando se haga el proceso de beatificación de este frailecillo.

Al fin, tras pasar el resto de la noche en un portal que tiene la caridad de prestarle un caballero, podrá muy de mañana llamar a la campanilla de «sus» monjas. Y hay en el convento un revuelo de hábitos cuando, tras el torno, dice su nombre el fugitivo. Las monjas –¡ay, los escrúpulos de conciencia!– se preguntan si pueden y deben recibirle. Al fin, como son listas, encuentran la disculpa canónica para hacerlo: hay una religiosa enferma que ayer pidió confesión. Fray Juan podrá hacerlo y de paso refugiarse de momento.

Las monjas, al verle, se asustan: tan macilento está, tan sin fuerzas hasta para hablar. Temen las monjas que se les muera de un momento

a otro; mas como presienten que sus carceleros, los calzados, estarán a estas horas buscándole ya por todas partes, sin acordarse siquiera de darle de comer, cuidan, ante todo, de ocultarle. Y vienen, efectivamente, sus guardianes y registran minuciosamente convento e iglesia, pero las monjas son suficientemente listas como para ocultarle.

Al fin, cuando ha pasado el mediodía, dicen las monjas a fray Juan que no puede continuar tantas horas en la clausura, pero que bien podrá esperar en la iglesia y así, a través de las rejas, hablarles de su aventura espiritual de estos nueve meses. Y sólo ahora recuerdan que por fuerza ha de estar hambriento. Pero, ¿qué prepararle a este estómago que durante meses no ha salido del pan y las sardinas?

Yo me he permitido contar esta escena en un pequeño soneto, que se titula como este artículo y dice así:

*Mientras el cielo está de centinela,
al fraile con el cuerpo malherido
las monjas conmovidas le han servido
unas peras cocidas con canela.*

*Lee el fraile al amparo de una vela
unas pocas canciones, que ha podido
rescatar de la cárcel, donde ha sido
huésped, cautivo, pájaro y gacela.*

*Son canciones de amor sobre el Amado
que huyó como una cierva en la espesura
dejando a quien le busca des-almado.*

*Y las monjas, ardiendo de alegría,
escuchan a este fraile desmedrado,
mientras la fruta se le queda fría.*

Así, así fue. Ante un plato de peras con canela, que permanece olvidado junto a la reja que separa la iglesia del coro de las monjas, se oyeron por primera vez aquellas palabras milagrosas:

*¡Oh llama de amor viva
que tiernamente hieres...!*

O las de aquel alma que se volvía a su Dios clamando:

*¿Adónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?*

Y mientras el fraile recita mansamente sus poemas, hay una monja que los va copiando. Y toda la comunidad está de acuerdo en que «era un gozo oírle».

Un gozo. Eso fue, eso era. Porque parece que va llegando la hora de que reivindicemos para Juan de la Cruz el ser no «el poeta de las nadas», sino el hombre del gozo y del deleite. ¿Sabían ustedes que esta palabra, «deleite», es la que más se repite en las obras del gran místico?

Hay hoy, por fortuna, un reencuentro con este nuevo rostro del poeta de Fontiveros, ese rostro que representan las «peras con canela» o los esparraguillos misteriosos que se encontró cuando caminaba hacia la muerte. ¿Por qué se ha contrapuesto con tanta frecuencia a Juan de la Cruz con Francisco de Asís, cuando será tan difícil averiguar quién de los dos gana en ternura, en tener el corazón de cristal para los demás, dejando sólo para sí mismo las disciplinas y las durezas de la subida al Carmelo?

Alguien –el padre Bengoechea– acaba de publicar un gran ensayo sobre *La felicidad de san Juan de la Cruz*. Otros de sus seguidores buscan ahora su auténtico rostro humano. Y no tengan ustedes miedo de que, por eso, baje de las alturas de la mística. El «rostro alegre» que siempre se le veía, según sus contemporáneos, no es precisamente lo que aleja de la hondura de Dios.

Bien lo entendió aquella liebrezuela de Peñuela que, durante el incendio que se produjo en aquel lugar, junto al convento de los descalzos, huyendo del fuego, se fue a refugiar «en la falda del hábito del padre Juan», y cuando otros religiosos «la cogieron, teniéndola por las orejas, por dos veces se les huyó, y se iba adonde estaba el dicho Santo y se echaba en su falda». ¡Y qué envidia tengo yo de aquella liebre!